

FILM
de HOY

30
cp.



EL REMOLINO

JEAN ARTHUR - DONALD COOK
JACK HOLT

Vidal

Año II

no

Núm. 68

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

EL REMOLINO

Dramático asunto, interpretado por JACK HOLT,
LILA LEE, JEAN ARTHUR, DONALD COOK

Es un film

Columbia

Distribuido por

CIFESA

Mar, 60 - VALENCIA

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares

PEDRO BALART

Valencia, 233 - BARCELONA

▼
Postal-regalo: GABRIEL ALGARA

Prohibida la
reproducción

EL REMOLINO

Argumento de la película

LOS FERIANTES

¡Vida pintoresca y nómada la de los feriantes, siempre de un pueblo en otro aprovechando las fiestas y sin permanecer en ninguno de ellos mucho tiempo! Los festejos populares son su ambiente. Barracas, atracciones, billares romanos, juegos de dados, caballitos, tíos vivos, tiro al blanco, montañas rusas, toboganes... Viven engañando incautos que pagan caras diversiones pueriles porque hay que seguir la tradicional costumbre y divertirse durante las fiestas.

Allá por el año 1910, se celebraba, durante el carnaval, una animadísima feria en un poblado de los Estados Unidos, fiesta verbenera, toda algarabía y bullicio.

El ruido, el criterio era ensordecedor y todo el mundo se creía en la obligación de divertirse de la manera más absurda. Había así quien entregaba una moneda de cobre a cambio de que le permitiesen demostrar lo forzudo que era pegando con un gran mazo un fuerte golpe sobre una "cabeza de turco", subiendo, impelido por la percusión entre dos guías verticales, un indicador que acusaba el esfuerzo desarrollado.

Allí cerca estaba una barraca de espectáculo, en la que, mediante el módico importe de la entrada abonado en la taquilla, podía penetrar el espectador para contemplar las más pintorescas engañifas:... una corbata que fué de Julio César,... un trozo de intestino de Napoleón, conservado en alcohol, que le cortaron al operarle de la apendicitis,... tres calaveras, las tres de Edgardo Poe,... la cola de Rocinante, el caballo de don Quijote,... y una infinidad de cosas parecidas. Esta barraca era de Buck, a quien auxiliaba su buen amigo Mu.

Cerca, también se encontraba una mesa de juego con unos caballitos que giraban raudos alrededor de una pista para decidir la suerte. Un señor muy gordo, acompañado de un niño y a petición de éste, puso una moneda sobre uno de los números, mientras otras personas apuntaban igualmente a otros. Giró rápidamente el mecanismo y el dueño de la rifa pisó disimuladamente un oculto pedal en el momento oportuno. En aquella rifa salían únicamente los premios que él quería.

—Ha salido premiado el 22 — proclamó.

—Yo soy quien juega a él — manifestó uno de los que rodeaban la mesa.

—Pues para usted es el premio.

—¿Y cuál es el premio?

—Una caja de puros.

El agraciado por la suerte, exteriorizó en su rostro viva satisfacción mientras el feriante le entregaba la caja y le decía zumbón mientras se marchaba, despertando la hilariidad general:

—Si se la fuma usted, mañana lo entierran.

Buck, el dueño del barracón de curiosidades, atravesando el apiñado gentío se dirigió hacia su establecimiento, encontrando al buen Mac instalado en la taquilla.

—¿Cómo va? — le preguntó,

—Me duele la cabeza, el hígado, el esternón y el ojo de pollo que tengo en el pie derecho. Estoy muy malo y cansadísimo. ¿Vienes a relevarme?

—Ya sé que estás muy malo. Tú siempre estás muriéndote; pero lo que interesa saber es cómo va el negocio, la taquilla.

—Muy mal. No entra nadie. Este pueblo tiene mala sombra. A ver cuándo nos marchamos a otro. Aquí nadie se deja engañar.

—Mira el retrato que me han hecho — añadió Buck enseñándole una fotografía.

Mac contempló el retrato y le preguntó:

—¿Es para regalárselo a tu novia?

—Ella me lo ha pedido.

—¡Bah! — manifestó burlón y siempre pesimista Mac.

—Ya verás — le contestó optimista Buck —, lo colgará en la cabecera de su cama... Hasta luego.

—¿Pero no vas a relevarme?

—No. Tengo una cita.

Y Buck volvió a atravesar la apiñada y parlera multitud para salir de la feria y dirigirse al encuentro de su novia.

Buck encontró a su novia, Helen, en un solitario jardín público y la contempló embelesado. Estrenaba un traje y estaba guapísima. Era una muchachita muy joven, muy cariñosa y muy buena, y Buck estaba enamoradísimo de ella.

—Traje nuevo? — le preguntó.

—Sí, lo estreno hoy.

—Estás guapísima con él.

—¡Qué galante eres!

—¿Quieres que nos sentemos?

—Bueno.

Y se dirigieron a un banco, donde lo hicieron, tras de re-

cubrir Buck el asiento con un periódico en la parte destinada a la joven.

Entonces, el feriante sacó de su bolsillo el retrato y se lo entregó a su novia que agradeció el regalo y contempló con deleite la imagen del hombre que ella amaba tanto. La consecuencia natural fué un beso; tras de éi, entusiasmado, Buck, loco de amor por ella, le manifestó con cálidas palabras:

—Contempla, Helen, la figura de quien ha de ser tu esposo.

Ella hizo un gesto de contrariedad y contestó:

—No, Buck, no puede ser.

—¿Acaso no me amas?

—Te idolatro... pero es imposible.

—¿Por qué causa?

—Es muy triste... pero es así... Nos amamos, pero no podemos casarnos, porque pertenecemos a dos mundos distintos. Tú eres ave de paso, acostumbrado a la vida nómada, incapaz de reposo, y yo soy sedentaria y no sabría ni podría seguirte de pueblo en pueblo, de feria en feria.

—Pues, a pesar de todo, Helen, nos hemos de casar, porque nos amamos apasionadamente. Si es necesario, cambiáre yo de vida, venderé la barraca y echaré raíces aquí.

—No estás acostumbrado a esta vida y te cansarás muy pronto. Yo no quiero hacerte desdichado para siempre... precisamente por lo mucho que te amo.

Pero Buck insistió, le brindó sus labios y un beso ardiente selló el pacto...

FATALIDAD

Buck era hombre de decisiones rápidas. Algunos días después, tras de convencer a Helen, se había casado con ella y había vendido su negocio en diez mil dólares, proyectando

establecer en la localidad algún pequeño negocio que le permitiera vivir.

Y, en aquellos días, instalado con su esposa en el Hotel Wellington, no había aparecido por la feria teniendo desesperado a su buen amigo y servidor Mac que no estaba alarmado, porque conocía las rarezas de su amigo, pero que no cesaba de tomar pastillas y comprimidos contra sus imaginarias dolencias exacerbadas aquellos días en el estómago.

Aquella mañana se encontraban los dos recién casados en su habitación del Hotel y se sentaron en el borde de la cama. Examinaron los anillos que habían cambiado al casarse. El de ella tenía en su interior una inscripción que decía: "de B. O. a su adorada H. N.... 14 de Mayo, 1910" ... El de él tenía, en cambio, la inscripción: "de H. N. a su adorado B. O... 14, Mayo, 1910."

—Es la primera vez — dijo él poniéndoselo en un dedo — que uso una sortija que no sea falsa.

Y, recapacitando ambos a la vez en la trascendente significación de aquellos anillos, enamoradísimos mutuamente, unieron sus labios en un beso prolongado.

—Voy a decirle a Mac — manifestó él levantándose — que he traspasado el negocio.

Y salió de la habitación y del Hotel y se dirigió a la feria, atravesando con dificultad su compacto gentío hasta llegar al barracón y encontrar a Mac instalado en la taquilla. Cerca, la "Parada del Carnaval" atronaba el espacio con las fanfarriosas notas de sus instrumentos de viento acompañados ampliamente por el bombo y los platillos.

—Está bien! — le recriminó Mac — . Tantos días sin aparecer por aquí y yo muriéndome. Sobre todo el estómago me hace sufrir mucho.

—¿Qué tal va la taquilla?

—Pésimamente. Ya hace días que debiéramos haber marchado de aquí. Están ya muy escamados de nuestros enga-

ños y en seguida arman bronca. Un día vamos a acabar mal.

—Vengo a decirte que he traspasado el negocio.

—Pero estás loco? ¡Si es el mejor negocio del mundo!

—Es que me he casado, Mac.

—Estás, indudablemente, loco. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

—Lo he traspasado en diez mil dólares y ya sabré yo arreglarme. En cuanto a ti, he impuesto al comprador, como condición de la venta, que te conserve en tu destino.

Allí cerca se encontraba otro feriante ante una mesa jugando con unos guisantes que ocultaba bajo unos cubiletes proponiendo al público que apostasen sobre dónde se encontraban: algo parecido al famoso juego de las tres cartas tan practicado por nuestra picaresca. El público se apasionaba por el juego y hacía repetidas apuestas, pero nadie ganaba jamás. Alguien se creyó robado y armó bronca, y comenzaron los puñetazos y las patadas y la lucha cuerpo a cuerpo, transformándose instantáneamente la feria en campo de Agramante, en el que se estableció una lucha general, saliendo todos los feriantes en ayuda de sus compañeros y solidarizándose contra ellos todo el público.

Al escuchar el escándalo ocasionado por la lucha, Buck y Mac se apresuraron a abandonar la barraca y acudir al terreno de la pelea a defender a los suyos. Buck era un hombre robusto dotado de fuerzas hercúleas, mientras que el pobre Mac, sobre tener pocas fuerzas, estaba lleno de enfermedades y le dolía extraordinariamente el estómago.

Así es que Mac, apenas tomó parte en la trifulca, cayó al suelo al recibir un terrible puñetazo precisamente en el estómago, mientras que Buck fué un eficaz refuerzo para los feriantes, sembrando a su alrededor el pánico entre sus adversarios.

Al sonido de la trifulca, acudió apresuradamente el Scheriff acompañado de un guardia, pero la pelea estaba

demasiado enardecida para que pudieran intervenir para evitarla dos hombres.

Pero, tras la intervención de Buck, pronto pudo la autoridad hacerlo, porque había sido la dispersión general y ya únicamente quedaban peleando Buck y otro hombre.

Y Buck le asestó a su contrincante un golpe tan certero y feroz que le hizo caer a tierra chocando su cabeza contra



...lo abrazó estrechamente, llorando desesperada...

una estaca que le rompió la base del cráneo ocasionándole la muerte.

El scheriff se apresuró a detener a Buck agarrándolo fuertemente por las solapas, mientras que el guardia se inclinaba sobre el caído comprobando su muerte. Después fueron detenidos cuantos allí se encontraban y, finalmente, también fué detenido Mac que estaba sentado en el suelo con las manos en el estómago y que protestó:

—Yo soy un pobre enfermo del estómago a quien un energúmeno ha dado un terrible puñetazo en la parte dolorida... ¡Qué dolor!... ¡Qué dolor!

Pero no le valieron sus quejas y se lo llevaron a empujones.

Algun tiempo después, se encontraba Buck sentado junto a su esposa Helen, ante el juez que, después de celebrada la vista de la causa que se le seguía por homicidio, debía dictar sentencia.

Y el juez, de rostro severo y parclos ademanes, dictó así la sentencia:

—Voy a ser esta vez clemente con usted, en vista de las circunstancias. Ha cometido usted un homicidio que la ley castiga con pena de muerte; castigo que sería muy ejemplar para la ralea de su especie que no se contenta con engañar al público incanto en las ferias robándoles el dinero, sino que, encima, lo mata... Pero, en vista de que la muerte fué ocasionada al chocar la cabeza de la víctima contra un poste, cosa que usted no podía prever, le conmuto la pena de muerte por la de veinte años de presidio.

Al escuchar aquellas fatídicas palabras, Helen dió un grito y se abrazó a su esposo. Aquella sentencia deshacía su hogar y destruía su felicidad. Lo abrazó estrechamente llorando desesperada hasta que fué separada de él por el alguacil que se lo llevó, anonadado, como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza, caminando como un autómata, fuera del tribunal, camino de presidio.

... a mucha fuerza arrancó su espesa tela metálica.

ABNEGACION

Ocho meses después, se encontraba Helen sentada ante la espesa tela metálica que separaba a los presos de sus visitantes en la sala de "comunicación" del establecimiento penitenciario donde cumplía condena su marido, cuando un empleado abrió la puerta que comunicaba con el interior de la cárcel y penetró por ella Buck.

Sentado él al otro lado de la celosía, procurando ambos establecer el contacto de sus dedos a través de la espesa tela metálica, sostuvieron una conversación interesante en la que se patentizó la abnegación de ambos y el mutuo cariño que llenaba sus angustiados corazones.

—¿Cómo te va? — le preguntó ella.

—Muy bien — respondió él —. Estoy de escribiente con el director... ¿Y tú?

—Me va bien... Me defiendo con la costura.

El corazón de Buck se llenó de piedad. Aquella pobre mujer, a quien tanto amaba, era desdichada por haberse casado con él. Carecía del cariñoso hogar que él había soñado proporcionarle y tenía que trabajar para vivir en oficio tan mal retribuido como el de la costura.

—La única solución que hay — manifestó Buck — para arreglar todo esto, es que nos divorciemos.

—¡Jamás! — respondió Helen —. ¿Es que ya no me amas?

—Más que nunca, pero precisamente por ello, debo renunciar a ti para que, sin mí, puedas ser feliz.

—Te esperaré los veinte años... Te esperaré siempre. Para mí no hay en el mundo otro hombre más que tú.

—Tenemos que divorciarnos — insistió él.

—Es que además — añadió ella — ahora ya no estoy

sola. Alguien me acompaña de continuo recordándome a ti, a su padre.

—¿Cómo?

—Sí. Voy a tener un hijo. Podrán tenerme separada de ti, pero nadie me separará de mi hijo que es tuyo también.

—¿Y no me habías dicho nada?

—Quería evitarte inquietud no diciéndote nada hasta que naciera. El y yo te esperaremos hasta que salgas de aquí.

—Falta mucho!

—No, poco.

—¡Más de 19 años!

—¡No, un mes y unos días!

—¡Ahora es cuando con más razón debemos divorciarnos! — afirmó Buck pensando también en la felicidad de aquel hijo próximo a nacer, en la triste existencia de aquel hijo, pasando estrecheces y esperando cumplir los 19 años para poder abrazar a su padre.

Ella negó, mientras el empleado anunciaba que había terminado la hora de comunicación y los dos esposos se separaron desolados.

Poco después, habían cesado las horas de trabajo y de recreo y los reclusos eran encerrados en sus celdas, dos en cada una. Se encontraban formados en las galerías junto a las puertas de las celdas. Estas se abrieron corriendo en sus corredores laterales todas a una mecánicamente y, a un toque de corneta, todos los reclusos entraron en sus celdas, cerrándose tras de ellos las puertas en las que una amplia reja permitía que los empleados vigilaran desde los pasillos.

Buck entró en la suya acompañado de Farley que se sentó sobre su camastro mientras Buck permanecía de pie recostado en la pared. Ambos guardaron silencio al ver que los empleados pasaban por el pasillo frente a la reja. Despues hablaron en voz baja.

—¿Sigues con la idea de escaparte? — le preguntó Buck a Farley.

—Sí, de mañana no pasa.

—Es una locura. El torbellino que forma el agua del río al pasar junto a los muros de esta cárcel, es imposible de salvar. Se ha tragado a cuantos han intentado fugarse por ahí.



—Prefiero la muerte a seguir aquí.

—No importa. Prefiero la muerte a seguir aquí. Se me ha acabado la paciencia. ¿Cuánto tiempo llevas tú aquí?

—Un año, cuatro meses, diez días y nueve horas.

—Pues yo llevo ya diez años.

Sonó la corneta anunciando que se iba a apagar la luz y Farley se tendió en su camastro mientras Buck trepaba al que había encima, que era el suyo, y se apagó inmediata-

mente la luz quedando la celda en la obscuridad más absoluta.

Al día siguiente, por la mañana, los presos se encontraban formados militarmente en el patio de la penitenciaría para marchar al trabajo. Al toque de corneta, emprendieron la marcha llevando el paso. Farley caminaba junto a Buck y, en voz baja, le dijo:

—Sólo faltan dos horas.

—¡Buena suerte!

Dos horas después se encontraba Buck solo en su celda esperando que fuera la de entrar en la oficina, cuando escuchó el estridente sonido de la sirena que anunciaba la fuga de un recluso, y varios tiros de fusil, comprendiendo que Farley había emprendido su loca aventura que equivalía a un suicidio.

Efectivamente, Farley se había separado de su cuadrilla y se había dirigido a la miranda que dominaba el río contemplando desde arriba el horrible torbellino formado por las aguas. Después había subido sobre el muro que servía de barandal y, tras de corta vacilación, se había arrojado al agua.

Los vigilantes acudieron prestos y dispararon sobre él, hasta que uno de ellos dijo:

—No disparemos más. Se lo ha tragado el torbellino.

Poco después entraba Buck en la oficina del director Warden. Este lo recibió con familiaridad nacida del trato cotidiano preguntándole:

—¿Tú no estabas en la misma celda que Farley?

—Sí, señor.

—¿Y no te habló nunca de sus proyectos de fuga?

—Nunca me dijo nada. ¿Se ha encontrado su cadáver?

—El torbellino se los traga y no devuelve ninguno. Esta prisión es bien segura gracias a ese torbellino. Ya lleva

hecho lo mismo con ocho reclusos que han intentado escaparse por ahí. Es un modo como otro cualquiera de suicidarse.

Buck le entregó unas comunicaciones que debía firmar y Warden le preguntó sonriente:

—¿No pensarás hacer lo mismo que Farley?

—De ninguna manera.

Y marchó a su mesa de trabajo pensativo y muy preocupado por una idea obsesiónante que se le había ocurrido. Ya que Helen no consentía en divorciarse y se empeñaba en ser desdichada y hacer desdichada a la hijita que había dado a luz, podía él arreglarlo todo fingiendo su muerte, al menos para ella.

Y le escribió una carta que decía:

“Querida Helen. Lo que voy a hacer, lo hago por tu felicidad y la de nuestra hija. No quiero que sigas siendo tú la esposa y ella la hija de un presidiario y he decidido poner fin a mi vida intentando una fuga imposible a través de un torbellino de agua que hay junto a esta prisión.”

“Os adora

Buck

Después leyó otra carta escrita a máquina que había preparado y que decía:

“Señora: Tengo el sentimiento de comunicarle la muerte de su esposo, recluso en este establecimiento, acaecida al intentar su fuga a través del remolino del río que hay junto a los muros de esta prisión.”

“Con sinceras manifestaciones de condolencia.”

Y Buck estampó al pie, con pulso seguro y con gran habilidad, la firma del director de la prisión”.

W. C. Warden.”

Dudó un momento aun, pero se decidió, dobló ambas cartas y las introdujo en un sobre que tenía preparado y que inmediatamente franqueó. Luego se dirigió a la valija, la

cartera en la que era llevada al correo la correspondencia. Aun dudó un poco con la carta en la mano junto a la cartera, pero, al oír pasos que se aproximaban, la introdujo rápidamente. Los pasos eran del empleado que llevaba a correos la valija y que preguntó:

—¿Está ya listo el correo?

—Sí, señor.

Y la carta fué expedida.

Poco después recibió Helen las dos cartas. Se encontraba en la cama, deshecha en llanto, junto a su hijita, a quien, en su desesperación, besaba con transportes de cariño.

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA

Vertiginosamente pasaron los años simbolizados en los recuerdos por visiones rápidas como pesadillas. Para Buck el recuerdo de Helen y el de la barraca de la feria. Para Helen el recuerdo de Buck y el de las barras de hierro de la cárcel. Y luego los acontecimientos que llenaron los años entre 1910 y 1930. Una bomba de aeroplano que cae destruyendo un puente, como símbolo del comienzo de la guerra en 1914. Las luchas en primera línea simbolizando los cuatro años siguientes. Desfiles y grandes fiestas simbolizando 1918, el año del armisticio y la repatriación. El presidente Coolidge simbolizando el 1919 y, por fin, llegó el 1930, se abrió la puerta de la prisión, salió por ella Buck elegantemente vestido, con el bigotito que usaba antiguamente, y se cerró tras él. Todo era allí, en la calle, frente a la puerta de la cárcel, a aquella hora, soledad y silencio. Buck vió allí cerca un auto parado y se acercó a él. En el auto se encontraba dormido el buen Mac a quien Buck no tardó en reconocer, despertándolo cariñosamente.

—¿Cómo va, Mac? — le preguntó.

—Muy mal, muy mal. Tengo un catarro crónico, y reuma, y dolor de cabeza... Estoy muy malo... ¡Pero, parece mentira que te esté hablando así cuando sales por fin en libertad! Anda, monta y vámónos.

—¿Qué sabes de los míos?

—Tu hija es ya una preciosa mujercita. Tu esposa se casó con el juez Morrison. Creo que son felices.

—¡Cuánto me alegró!

—Te gustaría verles?

—¡Sería mi ensueño ideal! ¡Pero no puede ser!

—Y qué vamos a hacer ahora? Los tiempos han cambiado mucho y yo tengo algún dinero. Ya ves, hasta auto propio. Un coche magnífico, freno en las cuatro ruedas, depósito de escencia detrás y parabrisas irrompible. Le atizas un palo y no se rompe. Verás.

Y le atizó un garrotazo y lo hizo afícos con gran asombro de Mac que hizo sonreír a Buck.

Ya en el coche continuaron la conversación.

—Tengo dinero bastante — dijo Mac — para que compremos un circo y nos vayamos por esas ferias...

—¡Quítá allá! — le contestó Buck —. No he estado en vano veinte años en presidio. Allí se aprende mucho. Antes nos dedicábamos a engañar tontos, pero en adelante, me dedicaré a engañar a los más listos.

Efectivamente, fué pasando el tiempo y fué mejorando el auto, cada vez más lujoso, de mejor marca, más caro. Buck había adoptado un nombre supuesto y se hacía llamar Duke Sheldon y se había dedicado a esos grandes negocios que bordean el código, íntimamente relacionado con todos los jefes de cuadrillas de gangsters y contrabandistas y dueño de una importante casa de juego llamada "Paradise Club".

Aquella mañana iba en un magnífico coche "limousine" en medio del dislocado tráfico de las calles de Chicago, en

donde había establecido su residencia, cuando una falsa maniobra le obligó a desobedecer las indicaciones establecidas para ordenar el tráfico y por poco no ocasiona un choque. El guardia urbano tocó destempladamente el silbato y se le acercó indignado, preguntando:

—¿Pero es usted idiota?

Pero, al acercarse más, reconoció a Buck, y le dijo amablemente:

—Dispense usted, míster Sheidón, no le había conocido.

Y le hizo pasar primero sin corresponderle. El coche le llevó hasta la puerta del "Paradise Club" en donde entró dirigiéndose a su despacho, en donde encontró a Mac.

—Prepárate — le dijo—. Tenemos que marchar a Nueva York en avión.

—No me fastidies — le contestó Mac—. ¿No podríamos ir en tren? Porque yo siempre he creído que los cuerpos pesados tienen que caer, y no me haría gracia...

—Hemos de ir en avión — contestó Buck mostrándole un periódico—. Sino no llegaríamos a tiempo de declarar en favor de Kelly Hearing y le he ofrecido hacerlo a su abogado Barney.

—Barney es el mejor criminalista y conseguirá su absolución.

—Sí, pero para ello es indispensable mi declaración y ya sabes la amistad que me une con Barney y los favores que le debo, además de que, si no lo hiciera, tras de prometerlo, la gente de Kelly me quitaría la vida.

Entretanto, conversaba en su despacho el director del periódico "Morning Globe" con una linda reportera llamada Sandy. Y Sandy era precisamente la hija de Buck y de Helen.

—Es muy interesante — le decía a Sandy el director — que consiga usted una interviú con Duke Sheidón, porque la opinión se encuentra muy interesada por el proceso de

Kelly Hearing y se sabe que Sheidón va a declarar en él.

—Pues le haré la interviú.

—Le advierto que es sumamente difícil, pues se trata de un hombre que rehuye sistemáticamente la notoriedad y no quiere ni oír hablar de periodistas.

—Pues yo me ingeniaré para triunfar.

Cuando salió del despacho del director y se dirigió a su mesa de trabajo, encontró en la inmediata a Bob, joven muy simpático que era su novio y que le preguntó:

—¿Almorzaremos juntos?

—Imposible. Me han encargado un trabajo muy difícil.

—¿Cuál?

—He de celebrar una interviú con Sheidón.

—¡Cuidado! — exclamó el joven—. El "Paradise Club" es un lugar sospechoso, impropio para que lo visite una señorita como tú.

—No soy una señorita. Soy ahora un reportero.

LO RECONOCE Y SE DECLARA

Sandy se dirigió al "Paradise Club". Era muy temprano, Tony, el mayordomo y hombre de confianza de Buck, se lo hizo así notar y ella preguntó por míster Sheidón diciendo que le había citado allí y asegurando que se conocían muchísimo.

Al poco de esperar, llegó Buck acompañado de Mac, subiendo inmediatamente por las escaleras. Sandy no sabía quién era, pero le llamó poderosamente la atención su maravilloso parecido con su padre a quien ella sólo conocía por el retrato. Se levantó y se acercó a la escalera preguntándole a Tony quién era aquel señor que acababa de subir.

—Es míster Sheidón — le contestó éste—. ¿Y decía us-

ted que se conocían mucho?... ¡Largo de aquí, sinvergüenza!

Y la puso de patitas en la calle.

Y Sandy se marchó a su casa examinando con suprema atención las únicas reliquias que poseía de su padre: un retrato y el anillo de bodas.

Entró en la habitación Helen, que se había transformado en una matrona otoñal deliciosa, saludando a su hija.

—¿No sería posible, mamá, que mi padre hubiese podido franquear el torbellino?

—Imposible, hija mía. Hubiésemos sabido de él... ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

—Si hubiese creído posible que viviera, jamás me hubiera casado con otro.

—¿Le quieres aún?

—Amo religiosamente su recuerdo.

—Jim es muy bueno con nosotras.

—Te quiere como a una hija.

Llegó en esto el padrastro, el juez Morrison, hombre severo y muy serio, pero muy cariñoso, y la conversación tomó otro curso.

Pero la joven, tras de contemplar largo rato el retrato de su padre, había adquirido el convencimiento de que vivía aún, usando el nombre de Duke Sheidon.

Aquella tarde se fué Sandy elegantemente vestida al "Paradise Club" y se sentó en una mesa. Había gran animación y cantaba Thelma, la arrogante amante de Buck.

En otra mesa se encontraba sentado con otros amigos el bueno de Mac, llegando al poco tiempo Buck y dirigiéndose al grupo y sentándose al lado de Mac. Al poco, dejó Thelma de cantar y se fué también a aquella mesa, acariciando a Buck.

Entretanto, Sandy, que estaba sentada bastante cerca para que nada se le escapara a su mirada perspicaz, observaba que Sheidon usaba una sortija igual a la de bodas de su madre que ella, Sandy, llevaba puesta en un dedo.

Entró un camarero avisando a Buck de que lo llamaban por teléfono y éste marchó a su despacho seguido disimuladamente por Sandy.



...lo llamaban por teléfono...

Le llamaba desde Nueva York el abogado, para asegurarse más de que acudiría a declarar.

Sandy, valientemente, abrió la puerta del despacho de Buck y entró, sin saber ciertamente qué hacer ni qué decir, pero vió una máquina de escribir al lado de la mesa del despacho y, decidida, llegó a ella y se sentó enfrente tras de quitar su funda.

—¿Quién es usted? — le preguntó Buck.

—La nueva mecanógrafa.

El sonrió, sospechando que se trataba de una periodista, pues los del gremio le asediaban de continuo.

—Pues le voy a dictar a usted un escrito — le dijo.

—Dícte usted.

—Aviso — dictó Buck —. No firmo álbums ni postales, no concedo interviús ni tengo retratos.

—Puede usted firmar — dijo ella.

Cuando lo hizo Buck, su hija le indicó:

—Yo soy algo adivinadora y sé deducir muchas cosas del carácter de la letra.

—¿Y qué deduce usted? — preguntó él sonriente.

—Que pronto una mujer va a pesar intensamente en su vida. Además soy algo gitana. Deme usted su mano.

El le dió la derecha pidiendo ella examinar a su gusto la sortija, pero le pidió la izquierda.

—¿Qué lee usted en las líneas?

—Leo muchas cosas... Por ejemplo, que esa sortija lleva por dentro una inscripción que dice: "de H. N. a su adorado B. O.... 14, Mayo, 1910."

Aquella adivinación sorprendió e inquietó tanto a Buck, que lo notó su hija y se cercioró de que se trataba de su padre, continuando:

—Y también leo que su verdadero nombre es Buck.

El la miraba con los ojos muy abiertos y entonces ella le mostró su sortija y le confesó que era su hija.

Y el pobre Buck la acarició y le besó lleno el corazón de una ternura inmensa, informando a Sandy de cómo había fingido su muerte para dejar en libertad a Helen.

—¡Qué contenta se va a poner cuando lo sepa!

—¡De ninguna manera! ¡Que no lo sepa nunca, hija mía!

¡Sería deshacer su vida y su felicidad!

—Yo soy periodista — le dijo Sandy — y me han en-

cargado hacerte una interviú, habiéndote reconocido en cuando te vi. ¿No vas a ir a Nueva York a declarar?

—Lo he ofrecido.

—Pues entonces no podrás guardar tu secreto, porque se trata de un proceso sensacional y todos los periódicos publicarán tu retrato, reconociéndote por ellos mamá.

—Tienes razón — dijo él muy preocupado —. Entonces no iré.

—Pero no lo habías prometido?

—Pero no iré.

—Pero te matarán los hombres de Kelly.

—Huiré lejos de aquí.

Ella lo abrazó diciéndole:

—Eres más honrado y más bueno de lo que yo podía suponer.

V. en esto, entró en el despacho Thelma, sorprendiéndolos y haciéndole una escena de celos a Buck tras de marcharse la joven.

DOS DIAS DE FELICIDAD

Poco después montaban en el auto Buck y Mac, creyendo este último que se dirigían al aeródromo. Tomó una pastilla v. enseñando un frasco, le dijo a su amigo:

—Me he comprado un específico contra el mareo en aeroplano.

Después notando la dirección que llevaba el coche, exclamó:

—Pero no vamos al aeródromo!

—No — le contestó Buck.

—Pero no vas a declarar?

—No.

—Pues entonces condenarán a Kelly y sus hombres te matarán.

—Es lo mismo. No voy.

Y Mac, muy apenado y asustado, arrojó por la ventanilla el frasco de específico y se tomó otra pastilla.

Entretanto llegó Sandy a la redacción de su periódico y le dió al Director:

—No he podido hacer la intervención, pero tengo una noticia verdaderamente sensacional. Sheidon no irá a Nueva York a declarar.

—Es increíble!

—Dígale a Bob que venga.

Salió Sandy del despacho y se fué a su mesa de despacho a la que se acercó inmediatamente Bob.

—Almorzarás conmigo? — le preguntó a la joven.

—Imposible. Tengo que ir al parque a entrevistar a un rinoceronte.

Llamaron al teléfono preguntando por Sandy y Bob, que había recibido la llamada, entregó a ésta el aparato. Ella reconoció inmediatamente la voz de su padre y tanó con la mano el micrófono, diciéndole a Bob que el director lo llamaba; pero Bob no quería irse hasta que vió al director incomodado llamándolo por señas.

El padre y la hija se hablaron cariñosamente y quedaron citados para almorzar en un restaurante.

En cuanto al director, le encargó a Bob que siguiese a Sheidon a todas partes hasta cerciorarse de que no tomaba el avión para Nueva York.

Llegó Sandy la primera a la cita, esperando a su padre en un banco en la puerta del restaurante, penetrando de su brazo en él cuando llegó.

Pero Bob, que seguía a Buck en otro coche, observó con

gran extrañeza aquella cita esperando con impaciencia en la puerta la salida.

Almorzaron juntos padre e hija sosteniendo una conversación interminable. ¡Tenían tantas cosas que preguntarse y que decirse!

El la informó a ella de que se marcharía al cabo de dos días y ella le habló de su madre, de su padrastro y de su novio, informándose el padre con extremado interés de si se querían mucho. Ella le entregó a él un retrato de Helen con su belleza espléndida otoñal, diciéndole:

—Guárdalo. Te dará buena suerte.

Y hablaron y hablaron y se les pasó el tiempo sin darse cuenta.

Afuera esperaban consumidos por la impaciencia, por una parte, Bob, que ardía en celos, y por otra, Mac, que no cesaba de tomar pastillas de aspirina.

Y se acercó a la mesa que ocupaban padre e hija el camarero con la lista de platos.

—¡Si hemos comido ya! — manifestó Buck.

—No — dijo el camarero —. Es la lista para la cena.

—Pero, tan tarde es?

Se habían pasado cuatro horas sin que se dieran cuenta de ello y se apresuraron a marcharse.

Buck y Sandy, cuando llegaron al auto del primero, decidieron marcharse paseando para poder así continuar su conversación y Mac protestó:

—¡Conque me tienes aquí cuatro horas esperándote y ya tengo tres papeletas de multa por interrumpir el tránsito, y ahora me dices que no necesitas el coche!

Pero Buck le tapó la boca metiendo en ella un paquete de pastillas de aspirina.

Entretanto, el guardia del tránsito se disponía a extender la cuarta papeleta de multa, notándolo Mac y haciendo señal al chofer de que emprendiera inmediatamente la marcha.

Poco después se encontraban en la redacción Sandy y Bob, teniendo la natural escena de celos.

Sandy le suplicó que tuviera fe en ella, pero Bob no se explicaba qué pudiese pasar cuatro horas en un restaurante con aquel hombre tan enemigo de todos los periodistas.

Entretanto, el abogado Barney, ante la incomparecencia de Sheidon, había logrado la suspensión del juicio y había acudido en avión a Chicago para ver lo que pasaba, encontrándose con Thelma que estaba furiosa de celos e insultaba a Duke y no pudiendo ver a éste porque nadie sabía dónde paraba.

Y era que Buck se pasaba las horas al lado de su hija: las pocas horas que le quedaban antes de tener que huír de los pistoleros de Kelly Hearing.

Y eran ya las cuatro de la madrugada cuando su coche llevaba a su casa a Sandy que se había dormido apoyada la cabeza en un hombro.

Cuando estaban ya cerca, la despertó.

—¿Por qué has dejado que me duerma?

—Tal vez sea ésta la única y la última vez que duermes apoyando tu cabeza en mi hombro.

—¡Es tan tarde! ¡Con tal que no me sientan entrar!

En cuanto a Buck, tras de dejar a su hija se fué a su habitación y, al poco, recibió la visita del abogado Barney.

Vanas fueron las súplicas y las amenazas de éste. Buck se negó en redondo a declarar en la vista, sin consentir en dar explicación alguna de tan extraña actitud.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, fué severamente reprendida Sandy por su padrastro por la hora tardía a que regresó a casa la noche anterior teniendo a su madre inquieta esperándola.

Y tan severo estuvo que Sandy se levantó de la mesa y se fué a su habitación seguida al poco por su madre a la que le dijo:

—No puedo explicarte, mamá, de lo que se trata, pero te juro que en mi conducta no hay nada censurable.



No puedo explicarte, mamá, de lo que se trata...

Y su madre le dió un beso cariñoso de perdón.

También aquella mañana habló Barney con Thelma, que estaba cada vez más enfurecida contra Buck, y procuró son sacarle algún secreto.

—Es muy reservado y sólo sé de él una cosa. Que su verdadero nombre es Buck y que ha estado en la penitenciaría del distrito.

—¡No hay como una mujer — exclamó el abogado — para perder a un hombre!

Y se marchó en el auto a la estación.

Y Bob, que tenía el encargo de seguir al abogado a todas



Y la cena fué delicada e íntima...

partes, fué a la redacción y le comunicó al director que Barney había salido de Chicago, pero no por la línea de Nueva York, sino por otra.

Aquella noche era la última que iban a pasar juntos el padre y la hija y se fueron a un parque de atracciones con farolillos a la veneciana, y bailaron, bebieron champagne,

subieron en los caballitos y en un coche de la montaña rusa.

Pero ella le manifestó que aquella última noche preferiría pasarla con él en la intimidad, en un lugar tranquilo, decidiendo ambos al fin marcharse a casa de él. Ella prepararía la cena.

Y la cena fué delicada e íntima. Hablaron de Bob y ella confesó que tal vez no se casaría nunca con él porque él no tenía en ella plena confianza. El padre lo disculpaba.

Y Sandy se echó a llorar. ¡Era tan triste perder así a su padre y tal vez para siempre, tras de la dicha de haberlo encontrado!

DESENLACE TRAGICO

Mac se encontraba en su habitación medio desnudo haciendo gimnasia sueca y, de cuando en cuando, suspendía el ejercicio para tomar un comprimido.

Funcionó el teléfono y por él le anunciaron que había regresado Barney y que se dirigía a casa de su amigo Sheldon, y lleno de miedo, se vistió precipitadamente y corrió a prevenirle.

Pero, antes de que llegase él, la dulce conversación del padre y de la hija fué interrumpida por un visitante. Era Bob.

Generosamente, iba a prevenir a Sandy.

—Es indispensable que te escapes inmediatamente — le dijo — si no quieres perder en absoluto tu reputación. Barney ha reunido a todos los reporteros de todos los periódicos y los trae aquí anunciándoles interesantes declaraciones. Es necesario que no te encuentren aquí.

Volvieron a llamar a la puerta. Era Mac que llegaba alarmadísimo a prevenir a Buck.

Y, en medio de aquel desconcierto, volvieron a llamar y era Barney que llegaba seguido por los periodistas.

Buck hizo entrar a su hija, a Bob y a Mac en la habitación inmediata, requirió una pistola que guardó en su bolso y franqueó al abogado la puerta, haciendo éste que los periodistas le esperasen fuera.

Y Barney le amenazó:

—Ahí tengo representantes de todos los diarios de Chicago. O me prometes formalmente declarar a favor de Kelly o, ahora mismo, les comunico que tu verdadero nombre es Buck, que has estado veinte años en presidio y que eres el esposo de la mujer del juez Morrison.

—Mira que te juegas la vida — le advirtió en tono amenazador Buck.

—No te atreverás estando ahí fuera esos.

—Hablo seriamente.

—Y yo también.

Y entonces, Buck disparó sobre el abogado, matándolo.

Al ruido del disparo, acudieron alarmadísimos Mac, Sandy y Bob, a quien ella le había confesado que era la hija de aquel hombre, mientras los periodistas aporreaban inútilmente la puerta.

—Marchaos y escapad por la escalera de servicio. De lo demás me encargo yo — les dijo Buck.

Y marcharon a regañadientes. Buck arrojó sobre las llamas de la chimenea el retrato de Helen y un paquete de cartas, esperando que se consumieran, sin hacer caso de las llamadas insistentes de los periodistas...

Y, cuando el fuego hubo consumido aquellos documentos comprometedores, reflexionó sobre lo que debía hacer.

No era caso de volver a presidio, aparte de que, seguramente, sería condenado a la última pena. Pero él estaba

decidido a sacrificarse en aras de la tranquilidad de Helen y de su hija, y se suicidó disparándose un tiro en la sien, en el momento en que llegaban los guardias y echaban la puerta abajo.

Sandy, Bob y Mac oyeron el tiro cuando bajaban la escalera.

Al día siguiente le leía el juez Morrison a su esposa una noticia de prensa delante de su hija y de Bob.

“Duke Sheidon, tras de asesinar al abogado Barney, se ha suicidado en su propia habitación junto al cadáver de éste mientras la policía forzaba la entrada”.

Y comentó:

—Todos acaban lo mismo.

Sandy se marchó a su habitación con los ojos llenos de lágrimas. Detrás de ella llegó Bob que se le acercó. Ella recostó su cabeza en su pecho. Y a Bob se le humedecieron los ojos, como un homenaje a la hombría del desaparecido...

FIN

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16 - BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

Números publicados:

1. "La Emisora Fantasina", por Ralph Forbes.—2. "Porque te quiero", por Nancy Carroll y John Boles.—3. "Duro de Perdar", por James Cagney, Mary Brian, etc.—4. "Central Park", por Joan Blondell, Wallace Ford.—5. "Así es Broadway", por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc.—6. "El Demócoeur", por Jack Holt.—7. "La Dama del Avión", por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. "Palacio Flotante", por George Brent, Zita Johann, etc.—9. "De Necesita un Rival", por George Arliss, etc.—10. "El Abuelo de la Criatura", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. "¡Hoop-la!", por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. "Noches en Venta", por Robert Marshall, Sari Maritz, etc.—13. "Madison Square Garden", por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. "¡Hoja, Hermanatal!", por James Dunn, Boots Manory, etc.—15. "La Ley del Tanón", por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. "Murallas de Oro", por Kostya Moreno, Norman Foster, etc.—17. "La Locura del Dolar", por Walter Huston, etc.—18. "Por un Beso", por Georges Milton, Tania Redor, etc.—19. "Civismo", por Charles Bickford, Richard Arlen, etc.—20. "El Precio de la Inocencia", por Jean Parker, Willard Mack, etc.—21. "Sábado de Juerga", por Gary Grant, Nancy Carroll, etc.—22. "Jimmy Y Sally", por James Dunn, Claire Trevor, etc.—23. "Alias la Condesa", por Alison Skipworth, Richard Bennet, etc.—24. "A la Sombra de los Muelles", por Claudette Colbert, Ben Lyon, etc.—25. "Perdone, Señorita", por John Gilbert, Robert Armstrong, etc.—26. "Falsa Acusación", por Richard Talmadge, etc.—27. "Cupido de Uniforme", por H. Liedtke, etc.—28. "Broadway y Hollywood", por A. Brady, F. Morgan, etc.—29. "El Expreso de Oriente", por H. Angel, N. Foster, etc.—30. "Te quise ayer", por Elissa Landi, Warner Baxter, etc.—31. "Remo-Satán", por Marion Burns, Kane Richmond, etc.—32. "Locura de Shanghai", por S. Tracy, F. Wray, etc.—33. "La Máquina Infernal", por C. Morris, G. Tobin, etc.—34. "Contigo a la Estratosfera", por M. Schneider, etc.—35. "Pax", por Gina Manés, Charles Chalia, Mousia, etc.—36. "Luna de Miel para tres", por Sally Eilers, etc.—37. "Muchachas de Viena", por Ursula Grabley, etc.—38. "Estafadores de Noche", por Jenny Jugo, etc.—39. "El 96 de Caballería", por Lucien Baroux, Fernandel.—40. "Noches de Port-Said", por Ricardo Núñez y Renée Héribel.—41. "De Eva para acá", por G. O. Brien, Mary Brian.—42. "Se ha Robado un Hombre", por Henri Garat y Lili Damita.—43. "Coktail Musical", por Bing Crosby y Jack Oakie.—44. "Torbellino de Sociedad", por Frances Dee y Gene Raymond.—45. "Gracia y Simpatía", por Shirley Temple y James Dunn.—46. "Noches en los Bosques de Viena", por Magda Schneider.—47. "Viudas Habaneras", por Joan Blondell y Glenda Farrell.—48. "Asesinato en la Terraza", por Warner Baxter y Mirna Loy.—49. "Abnegación", por Bebe Daniels y Lyle Talbot.—50. "Amor y Cuartillas", por James Dunn y Claire Trevor.—51. "Amantes Fugitivos", por Robert Montgomery y Madge Evans.—52. "El Crimen del Vanities", por Carl Brisson y Victor Mac Laglen.—53. "Ignominia", por Helen Twelvetrees y Bruce Cabot.—54. "El Conquistador Irresistible", por Robert Montgomery y H. Thatcher.—55. "Compañeros de Juerga", por Stan Laurel y Oliver Hardy.—56. "El Refugio", por Robert Montgomery y Maureen O Sullivan.—57. "Polvorilla", por Jean Harlow y Lee Tracy.—58. "El Incomprendido", por Jackie Cooper y Thomas Meighan.—59. "Secreto que Quema", por Willy Forts y Hans Schaufuss.—60. "El Fugitivo de Chicago", por Gustav Froelich y Lil Dagover.—61. "El Campeón del Regimiento", por Bach.—62. "Federica", por Mady Christians.—63. "La última senda", por G. O'Brien y Claire Trevor.

1450
1460
1470
1480
1490
1500
1510
1520
1530



EDICIONES BISTAGNE

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
TELÉF. 18841 - BARCELONA